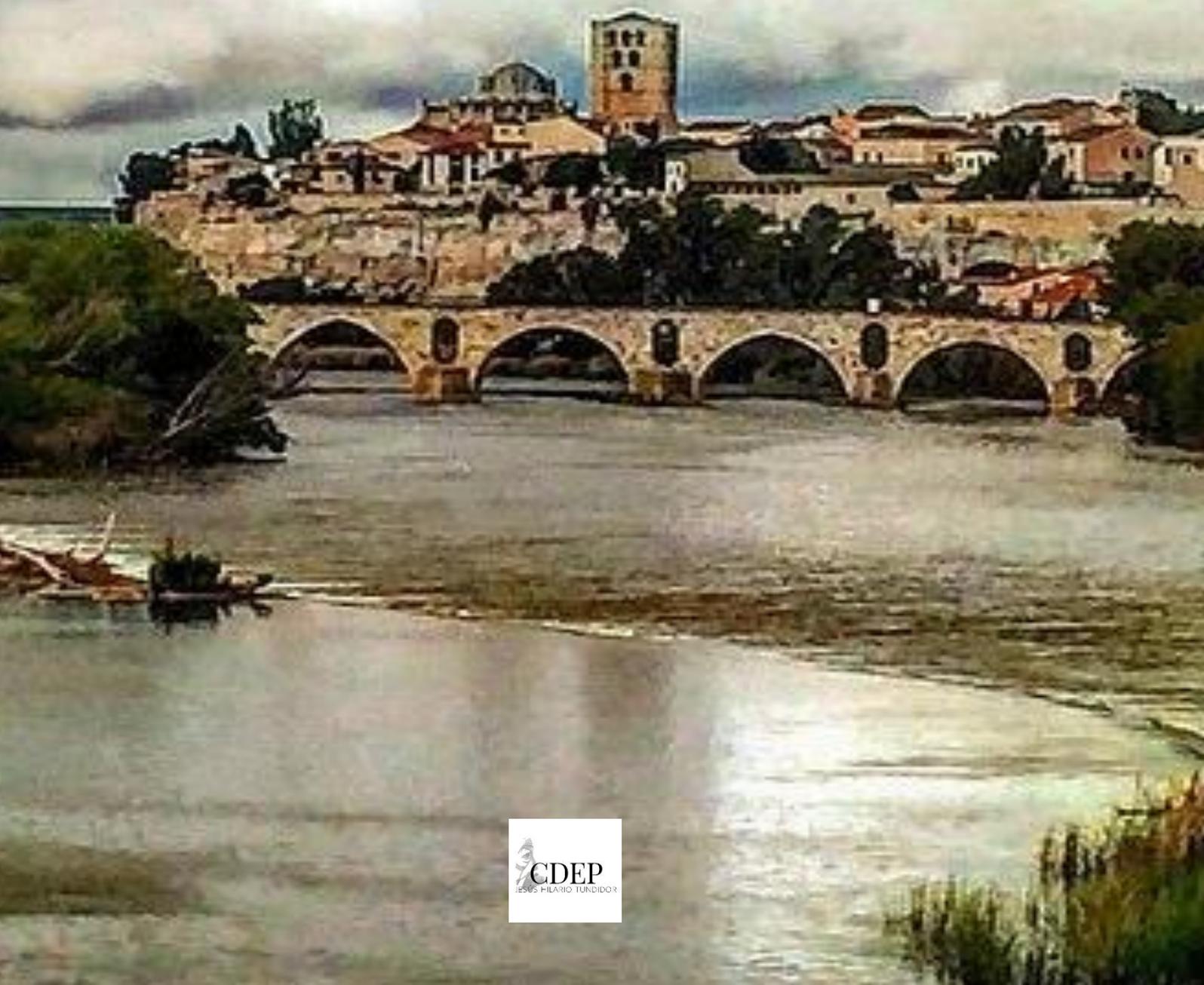


Mi Zamora 1

La tierra que más amo y otros poemas

Viaje poético por la Zamora de Jesús Hilario Tundidor



ÍNDICE

Zamora: agua y bosque

Poema introductorio

La tierra que más amo

1. Una mañana de domingo en el Duero
2. Ópalo sobre el puente
3. El puente
4. "En tu olvido abrirán mi sepultura "
5. El río
6. La voz
7. Dialéctica
8. Ribera
9. Almendro en la ciudad
10. Visión del sueño

Zamora: piedra y alma

Poema introductorio

Variaciones para una pintura de la ciudad de Zamora

1. Plaza de Santa María
2. A la cúpula de la catedral de Zamora
3. María teresa vive en el claustro de la catedral de Zamora
4. Bailando sobre un cubo de muralla
5. Los gentíos del Éxtasis
6. A una araña
7. A las vías de ferrocarril
8. Palabras para la tumba de Manuel Baladrón
9. La Dolorosa. Un paso de la Semana Santa de Zamora-
10. La verónica limpia el rostro de Jesús. Un paso de la Semana Santa de Zamora
11. Hora en la tarde de Corpus Christi

ZAMORA: AGUA Y BOSQUE

UN POEMA INTRODUCTORIO

LA TIERRA QUE MÁS AMO

(De Construcción de la rosa)

Lector/a:

Esta tierra inmortal, tierra del vino,
tierra del pan, tierra de Campos sola,
otero arriba el mar, la mar, la ola
del cielo azul inmenso sobre el pino.

Otro sueño aún mayor te lleva el sino
y donde el trigo es oro es desconsola-
ción la muerte y es doncella la amapola
enamorada por el sol y el trino.

Barcos de luz y pérgolas de azada
navegan el levante de la aurora
tan silenciosamente acompañada.

Y Antonio y Juan de Yepes y Teresa
bajan de Dios y escriben en la prora
el verso blanco de la luz ilesa.

UNA MAÑANA DE DOMINGO EN EL DUERO

(De En voz baja)

Lector/a:

ES como si tuviera su descanso
el corazón, es como
ver la lluvia ponerse en los sembrados
o verla dulcemente llover en los pinares
entre los pinos y los pájaros.
Siempre en las mañanicas de domingo
me lavo
la alegría, humanamente,
y en la plaza del grano
mayor de la esperanza
me pongo al sol, amo a los hombres, clamo
como si fuese un vegetal herido
de júbilo a la vida. Caen, despacio,
los pasos
de la niñez en que domingueaba
u hormigueaba sin tener cuidados
de encontrar al dolor, en cualquier parte.
Recorro la ciudad, el río, calle
lo que él me dice, escucho
sobre los omoplatos
de los días las aguas. Me desentiendo
después de lo lejano
y abro mi traje y mi camisa nueva
dejándome coger por los oráculos.
El viento como un vino
feliz, ligero y blanco,
hace molinos de papel sencillos
en la ribera con los verdes álamos.

De pronto, sucediendo,
se me descuelga, allá en mi alma, un año
triste: ¿siempre estuvo
tan cerca de la mano?
El airecillo entre las blancas hojas
comulga, entre los cantos
bebe un pardal y giran
sobre las aguas los tejados.
Todo es verdad, todo es verdad,
un alto
y humilde amor limpia mi alma. Tomo
presencia en los andamios
de la alegría: Ocurre
que todo es necesario.

Otro domingo, cuando muera, el río
también cantando se irá a la mar, sonando.

ÓPALO SOBRE EL PUENTE (fragmento)
(De Ópalo sobre el puente-plaquette)

De orilla a orilla,
sobre el puente,

de un lado a otro

presentir las aguas,
sentirlas bajo los movimientos
o la quietud del ópalo o la vida,
brillando:

Ora alejándose,
ora acercándose, accediendo
desde sí mismas

a ti mismo, desde ti mismo
a nunca, a siempre, devolviendo
bajo el ajuar de una promesa
lo que está por nacer.

EL PUENTE (De Río oscuro)

CUANDO la tarde ha oscurecido
y las cosas lejanamente pierden
su pueblo de colores
para pasar a ser sólo crepúsculo,
sólo agotada voz,
sólo presagio de ángel naufragando,
yo hacia mí mismo, en la baranda.

Súbitamente, dentro
de la tierra que ocupo y tiene un nombre,
que es el mío, que es
el de todos los seres que atardecen,
la presencia del agua nos inunda.

Nos ha inundado ya, casi nos llega
hasta los pies, hasta los ojos, hasta
las manos que se agarran a la tarde
o hasta la sola y pura
desvalidez de la melancolía.

Como un miedo de niño,
como una palpitante adolescencia,
llega de viejos manantiales, viene,
viene del albercón,
viene de donde
Dios ha dejado su primera huella.

Desde todos los lados, desde todas
las orillas tempranas y los mares
que nunca conocieron la tibieza
de la tierra con sol,
acusadoramente nos ha ahogado.
Desde todas las bocas.
Desde todos los silencios del mundo.
Y bajo el puente pasa y soy yo mismo.

" EN TU OLVIDO ABRIRÁN MI SEPULTURA "
(De Libro de amor para Salónica)

ENTRE los dos puentes,
en el de piedra y agua y cielo y en el
de la muerte.

Tú a la orilla.

Entre las dos torres,
la de la nada encenagada
y la salobre.

Tú a la orilla

Entre las dos torres y entre los dos puentes,
tú a la orilla
siempre.

Siempre, siempre, siempre.

EL RÍO

(De Río oscuro)

EL río que me aprieta y me destruye
nació de un hontanal junto a la nieve
de un día recogido, solo y breve,
allá, por la memoria que me instruye.

El río que mi muerte reconstruye
de largas aguas es y cuando llueve
me llena el corazón y me conmueve
la tierra donde canta y donde huye.

No sé qué va a ocurrir, no sé qué pueda
pasar si se me inunda el pensamiento
y lo desborda en plenitud la vida.

Yo espero, por si acaso se me queda
el cántico y el mar a medio aliento,
en las orillas de la luz perdida.

LA VOZ

-Desde la playa de Los Pelambres-
(De las Hoces y los días)

VIENE

del aire, de la luz, del día.
Pero no hay nada en cada sueño. Sólo
una arena, una arena allá en el fondo tiembla.

Casi una playa,
levemente una playa,
dulcemente una playa donde reposa y muere

Ella
llega del día,
del abedul, del álamo, del chopo.
Pero no hay nada en la esperanza,
apenas un esfuerzo, una cruz última,
un último sonido de pájaro en la niebla.
Y se derrumba allí, por sortilegio de la tarde, cesa.

Viene
de la piedra o el agua.
Y nadie siente su humedad, su enorme
dimensión. Trae cintas, hojas, hierbas, plantas
olorosas, Nadie la escucha, llega y sucede.

Sucede entonces, cuando
se hace lenguaje el corazón y canta.

DIALÉCTICA

-En el Alto de Valorio-

(De Tetraedro)

SOBRE la arboleda
la ciudad tiembla.
No separa el bosque
de las cosas neutras.

Árboles sin prisas
de hojas ni de fechas.
Uno piensa cosas
que no se desean.

Verdes y abejorros
lentos nos solfean
a los sentidos, todo
el sendero se quema.

Gallo el bosque calla
la eternidad, lenta,
vacía sin el
hombre, espesa.

Así el pensamiento
se nos aligera.
Pero lo que importa
se enturbia, se aleja

y por las soledades
del alma regresa
la verdadera
libertad: la muerte,

país común, serena
igualdad de los hombres.

RIBERA

-Los Tres árboles-

(De Libro de amor para Salónica)

Mi juventud, desprendido,
tiré a los álamos blancos.

El agua se la llevó
madre lenta y cauce largo.

Las avecicas de plata
sobre el Duero se posaron.

Mi juventud, desprendido,
tiré a los álamos blancos.

ALMENDRO EN LA CIUDAD

(De Pasiono)

YO no sabía cómo
tú eras amor, almendro,
pequeñita distancia que ennoblece
la noche en la ciudad
a las tres de la sombra tan en punto
que ni la soledad es verdadera.
La niebla entristecida
del hosco aliento ciudadano, el largo
posar de la mirada
civil nunca inmediata, el dolor,
la primavera sin la era...Yo
no pude saberlo
prisas y vahos tristes me llevaban.

Donde mata la muerte trashumante
sin sol y sin vejez
allí, no sé desde qué mano
de desolada envidia campesina,
se arrojó la simiente. Creció. Fue ya testigo
distante, extrañamente
árbol deshabitado y en exilio.

Así es en esta hora toda
una bella verdad, una presencia
amiga que me acompaña entre
la nostalgia en que habito
de la tierra y la jara
y en la que ya hace tiempo estoy buscando
las cigüeñas, los vuelos
de la paloma sobre las encinas,
la longitud del alba por los surcos,
yo qué sé cuánto, el día
en viento libre, la esperanza
de Dios...

Créeme, hermoso vegetal amigo:

te compraría un pájaro con ala
y buche azul, un horizonte
limpio. Te llevaría junto
a los otros verdes
con la luz natural y en donde callan
los trigos y germinan.

Y sentado a tu sombra
en la paz de la tarde
respiraría con tu crecimiento.

VISIÓN DEL SUEÑO

-Sanabria, 1995-

(De Elegía en el Alto de Palomares)

Dibujada la tarde envuelve al lago
y en él te miras. Es ayer y estás solo.
Brisas ni halcón planean. Suena el agua
en el agua, en el olvido el tiempo.

Bajo el color azul de esta mañana
mirándote perplejo continúas.
Sigues solo y callado y nadie llega
y la niebla es difusa sobre el valle.

Escuchas el espacio, hueles la tierra,
a ti mismo te hueles, y te buscas
y al volver la mirada hacia tu orilla
tú no estás. Y no hay verte. Ni paisaje.

Un trémulo temblor de ser suceso,
dibujo de la tarde sobre el agua:
es cuanto sé de ti, hondo, en ti mismo.
Nunca te explicarás lo que acontece.

ZAMORA PIEDRA Y ALMA

POEMA INTRODUCTORIO

VARIACIONES PARA UNA PINTURA DE LA CIUDAD DE ZAMORA (De la pintura)

- Con Antonio Pedrero-

VERDE y blanco neutral, apasionado,
gris ceniciento, rojo ceniciento
gira sin pulso por debajo el viento
la tierra triste y el amor cansado.

Qué vieja dimensión para el arado
la variedad de ocre, el aliento
sin Dios... Escribo, siento
azules, llevo el alma con candado.

La piedra oscura, la ciudad oscura,
y aquel río unidad en color crece.
Marrones hay y añil es la ternura.

Mira la paz, la paz que nos asola
y que va haciendo en tanto que atardece
más hondo el ser pero la luz más sola.

" PLAZA DE SANTA MARÍA"
(De Cinco canciones en Zamora)

Chopo, iglesia, piedra y cielo.
Se ha posado
El tiempo.

Lo verde del chopo verde.
¡Cómo
sonaría la fuente!

Se ha posado el tiempo
En la mano
Del picapedrero.

Chopo, iglesias, piedra y cielo.

A LA CÚPULA DE LA CATEDRAL DE ZAMORA
(De Tejedora de azar)

Rumor de tiempo y mar, de trigo amigo,
el Duero al fondo del amor te acosa
y te corteja. Silenciosa rosa,
callada rosa, en el azul testigo.

Digo rumor de tiempo, escribo, digo
alto y bello desdén. Ah, prodigiosa
piedra bordada, eternidad dichosa,
quirnalda fiel que condecora el trigo.

Un hondo amparo de color belleza
orna y comba tu altura en movimiento,
jirón de luz, purísima tristeza,

para en hilos de sol ser la costura,
miriñaque del órgano y del viento,
del pensamiento de la arquitectura.

MARÍA TERESA VIVE EN EL CLAUSTRO DE LA CATEDRAL DE ZAMORA

(De Cinco canciones en Zamora)

DE pronto se abre el aire y las palomas
entre ojivas y arcos y penumbra
sobresaltadas alzan su música de vuelo
sorprendido. Yo la beso en la frente
mientras que piensa en Dios, bajo azules y blancos,
como en un niño total que se origina
en cada útero de mujer enamorada.
Cristo en su colección de piedrecillas humildes
en especial, como cuando llueve,
busca la seca y áspera arena de lo desiertos
y entre los pequeños guijarros,
allá en el fondo de la olorosa y reciente
caja de carpintero, milagra con sus manos
y crecen catedrales, arboledas y ríos).

Yo la beso en la frente. También la besaría
en las manos, a las cinco
de la mañana, medioborracho de luz,
de media luz, inconclusa la noche
en la playa, con gaviotas y albatros
y a lo lejos, bajo el mar, amaneciendo
el día.

Aquí no hay nadie, nada
turba luego que se ha perdido la última y poderosa
campanada de tercias el silencio.
Bien duermen las mayúsculas
suelas de los canónigos. Bien las baldosas
duermen, las columnas, los tapices, el vientre
del obispo...

Aquí
no hay nadie y en tanto que las alas
han retornado al orden y el aire y el sonido
y la corva arquitectura de las archivoltas
vuelven

a la paz, Salónica toma el alto
sendero de la luz y quedo solo
oyendo
el rumor de las aguas, de las hojas y el hondo
amor que como un ruido crece de Cristo
con sus piedras
recogidas del campo.

BAILANDO SOBRE UN CUBO DE MURALLA

(De Tetraedro)

LIGERAMENTE ebrio
para no despertar las golondrinas,
piedra mollar picada por la luz y la muerte,
hoy aquí bailo: ¡Cuánta
danza perdida, calcinada materia, ruina
oscura, el pasado...! Pero aun así su hijuela
es, ¿no acaso conmemora
el tiempo al tiempo, la madrugada al día?
Coronemos tanto morir que ahora en un presente
condecorado queda, pluma de ave, liza
de ballesta, alón siempre perdido, siempre alcanzado
este sucederse sin más.

Festejando la vida
sobre tanto despojo, gala
jubilosa, limpia
inmortalidad del instante, giro
bien presa la cintura en la alegría
sobre este cubo, amanecer o círculo
de libertad. Alguien súbitamente canta, alguien
acompañándome, ¿no estaba solo?, grita
y se aleja.

Mellada cae la noche. La aventura
es cumplida

A UNA ARAÑA

-Desde una habitación de mi casa en Olmillos de Castro, pueblo de Zamora-
(De Las hoces y losa días)

PUDIERA ser un pulpo y es araña.
Pudiera ser dolor y es tejedora,
acompañante de mi vida ahora
en una habitación triste de España.

Pudiera ser que araña que te araña
llegase al corazón, no cavadora
sino hilandera alegre, portadora
de una madeja de oro gris extraña.

Pudiera ser que en el tabique oscuro
del corazón, sobre las cosas viejas,
tejiere allí su urdimbre de bonanza,

y se me hiciese luz hacia un futuro
dorado a paz, sin sombras y sin rejas:
inmensa araña azul de la esperanza.

A LA VÍA DEL FERROCARRIL

-Sentado en la Estación de trenes de Zamora -

TENAZ, veraz, el hierro da su trino,
espacio y tiempo asume y simplifica
constante en la razón que así unifica
vida y acero, origen y camino.

Siendo inmovilidad es cauce, sino
de movimiento, duración y plica
a una indeterminada línea rica
en interpretaciones de destino.

Sobre su altura horizontal es gala
vivir el curso siempre en homenaje
de permanencia: viene, pasa, queda.

Ida y retorno y devenir iguala
lo múltiple y lo uno... Cada viaje
es el giro del mundo en cada rueda.

PALABRAS PARA LA TUMBA DE MANUEL BALADRÓN
-En Cementerio de San Atilano-
(De Construcción de la rosa)

Ahora, Manuel,
tú que estás en la mañana de la bruma,
aprende. Y si tal vez hubiera
algo más que silencio, soledad o vacío,
espéranos
ante los largos campos del estío
para ser enseñados
y penetrar seguros en la dudosa noche.

-octubre, 1984-

LA DOLOROSA

-a un paso de la Semana Santa zamorana-
(De Poética de la pasión Zamora)

Lector/a:

Hay cien coplas amargas derretidas,
temblor que da en el aire el firmamento
sobre tu manto donde canta el viento
fábulas de dolor-amor perdidas.

Pasas lejanamente entre las vidas
del sueño oscuro, sola y noche. Y siento
todas las rosas del conocimiento
en la hermosura de tu rostro heridas.

Qué lentitud de lirio y azucena
la lágrima, en tu pómullo, durmiente,
presta a caer... No cae. Caerá, serena
plata de soledades.

Y en tu frente,
playa de arena que causó la pena,
Dios amará callado dulcemente.

LA VERÓNICA LIMPIA EL ROSTRO DE JESÚS

-A un paso de Semana Santa de Zamora-

(De Poética de la pasión zamorana)

TOCAR lo que se ama es transformarse,
es convertirse en el amado y más: crecer la vida.

Pero tú eras azul en interiores
poblados por abetos saúcos, olivares
tomillos, artemisas caléndulas, y prímulas
que cubrían de olvidos el cielo de tu hondura
donde un corcel pastaba soñolientos abriles
por sotos con estrellas y nubes de palomas.

Tu destino fue un gesto, no encauzar
largos ríos sino herir las arenas
en que la mies labra alondras, la intimidad silencio,
ya que eras de una dulce nevada en la memoria
y en lo hondo crecías arboledas en tránsito,
albores o relumbres festejando ternura.

Hijo de la belleza, del fuego y la parábola
lo habías visto siempre. Ahora, ahí, marchitándose:
¿Qué temblor se hizo brisa, qué sequedad los vientos?
Pues de pronto tus manos convocaron la pena
y en el blancor del lino la muerte encendió noches
y una urdimbre de astros, de lluvias y de vida
te quemó para siempre la doncelléz y el sueño

Después, en el alto Calvario en la hora nona,
la cruz daría al mundo tu amor, ya derramado.

A UN CRISTO ROMÁNICO
(De Río oscuro)

CON ojos de estupor y duda airado
el sol terrible en la callada encina
te edificó, camina que camina,
siempre en la cruz en cruz crucificado.

¿Desde qué incertidumbre a ningún lado
subes, cristo inmortal? ¿En qué colina
de una imposible altura se origina
tanta pasión de sed, tanto nublado?

Aterriza hoy, Jesús, vuelve a esta guerra
para que pueda humano comprenderte
y, hombre en el hombre, hacerte Dios y mío.

Que aquí está el cielo y el infierno en tierra
y no sabemos cómo retenerte
ni cómo andar contigo entre el gentío.

HORA EN LA TARDE DE CORPUS CHRISTI (Fragmento) (De En voz baja)

I

Pongo esta hora en mi balcón: Escucha
plena y dorada, soñando, ennoblecida,
la niñez prodigiosa. Como un ruido
de acacia en primavera reclamando,
denso, retorna el tiempo,
deja lechos vacíos, matorrales
ruinosos, tejas, habitaciones
solitarias.

No importa.

Otra

es hoy la realidad: Olía a incienso, iba
Dios con los hombres, entre
las manos de los novios recién puestos
en pie, sobre los pechos firmes
de los adolescentes, bajo
la aurora floreal de las muchachas.
Iba Dios con el hombre, lo recuerdo
como si fuese ayer, calentaba
la muchedumbre: al solo,
al humilde, al impúdico,
al rico, al poderoso, al triste, iba
en los pies del mendigo, en la cadera
de la vendida, púber sobre
los monaguillos, orgulloso, recto
en el alcalde y su bastón de mando;
restallaba
en el romero, en el tomillo que una
mano sencilla en campo amor tendiera,
y tímido y floral y generoso
desde lo azul en pétalos llovía.
Fueron tardes dichosas, Corpus
de otra distancia en jueves siempre
con la alegría. Amortizábamos
tiempo, recorríamos
la juventud pisando
aquel núbil agüero que tardo alboreaba.